

1

Dios es un dios mañoso. Temple lo sabe, y lo sabe por todos los alucinantes milagros que aún pueden verse en este ruinoso mundo.

Como esos peces que brillaban en el bajío como luces de discoteca. Eso fue un punto, una maravilla sin parangón con ninguna otra cosa que hubiera presenciado nunca. Era noche cerrada cuando lo vio, aunque la luna brillaba tanto que proyectaba macizas sombras por toda la isla. Brillaba tanto que casi había más luz que en pleno día, y podía verlo todo más claro, como si el Sol fuera un asesino de la verdad, como si sus ojos fueran ojos nocturnos. Dejó el faro y bajó a la playa para contemplar la luna pura y limpia, y se quedó allí en el bajío, dejando que se le hundieran los pies en la arena mientras las olas que golpeaban en la orilla le hacían cosquillas en los tobillos. Y fue entonces cuando lo vio: un banco de pececitos diminutos que corrían a su alrededor como canicas en el círculo de tiza, y que brillaban con una luz eléctrica, que parecía principalmente plateada pero también tenía algo de dorado y de rosa. Se le acercaron a danzar en torno a sus tobillos, y ella notaba sus eléctricos cuerpecitos de pez, y era como si estuviera *bajo* la luna, pero al mismo tiempo *en* la luna. Y eso era algo que no había experimentado nunca. Llevaba alrededor de década y media rondando por el planeta Tierra, pero eso no lo había visto nunca.

Y siempre se puede decir que el mundo va derecho a la

perdición, y que la estirpe de Caín domina a los buenos y los justos, pero lo que sabe Temple es esto: no importa en qué infierno se convierta el mundo, ni qué males haya perpetrado ella misma, ni qué serie de malditos infortunios la hayan llevado a esa isla para refugiarse del orden de la humanidad, porque, a fin de cuentas, todas esas cosas son las que la pusieron allí esa noche, en medio de aquella luna que daba una luz más propia del día, y en medio del milagro de los peces, y de no ser así no lo hubiera visto.

Ya veis, Dios es un dios mañoso. Hace así las cosas para que uno no se pierda nada de lo que tiene que ver por uno mismo.

Duerme en un faro abandonado, en lo alto de un acantilado. En la base del faro hay una habitación circular donde cocina pescado en una cazuela de hierro ennegrecido. La primera noche que pasó allí descubrió en el suelo una trampilla que daba a un frío y húmedo sótano. En él encontró velas, anzuelos, un botiquín, una pistola lanzabengalas con una caja de bengalas oxidadas. Probó una, pero estaba momificada.

Por las mañanas rebusca nueces entre la maleza y revisa las redes por si hay peces en ellas. Deja las zapatillas en el faro, pues le gusta el contacto de la arena caliente en las plantas de los pies, y de la hierba de la playa de Florida entre los dedos. Las palmeras son como arbustos tendidos en el aire, y su fronda muerta y quebradiza es como una falda de huesos que rodea al alto tronco y que traquetean al golpetear unos con otros bajo la brisa.

Cada día al mediodía, sube por la escalera de caracol hasta la cumbre del faro, deteniéndose en la mitad del recorrido, en el rellano, para recuperar el aliento y sentir en el rostro el sol que penetra por la sucia ventana. Al llegar arriba del todo, da

una vuelta por la pasarela, observando el inacabable mar y mirando después hacia la cúspide rocosa de la costa del sombrío continente. A veces se detiene a contemplar el invertido hemisferio de luz, ese instrumento óptico ciego, como un caldero volcado y recubierto de mil espejos cuadrados.

Puede ver en él su reflejo, claro y multifacético: toda una multitud de sí misma.

Por las tardes repasa las revistas no podridas que encontró forrando unas cajas de keroseno. Las palabras no significan nada para ella, pero las fotos sí le gustan. Evocan lugares en los que nunca ha estado; multitudes de personas bien vestidas que reciben a alguien que llega en un largo coche negro; personas vestidas de blanco que se reclinan en el sofá de su casa, donde no hay sangre incrustada en las paredes; mujeres en ropa interior contra un fondo de blanco perfecto. Un cielo abstracto es ese blanco. ¿Dónde podría hallarse un blanco como ése? Si a ella le dieran toda la pintura blanca que hubiera quedado en el mundo, ¿iba a librarse algo de su brocha? Temple cierra los ojos y piensa en ello.

De noche puede hacer frío. Temple no deja que el fuego se apague, se aprieta la cazadora militar alrededor del torso, y escucha el viento del océano, que silba con fuerza por la hueca flauta de su alto hogar.

Un milagro, o tal vez un augurio, pues a la mañana que sigue a la noche de los peces luminosos, Temple encuentra el cuerpo en la playa. Lo descubre durante la ronda matutina por la isla que hace para revisar las redes. Lo encuentra en la punta norte de la lágrima que traza el continente junto al bajío.

Al principio es sólo una forma negra recortada contra la blanca arena, y la examina desde cierta distancia, la mide poniendo los dedos delante del ojo.

Demasiado pequeño para ser una persona, a menos que esté doblada o semienterrada. Eso podría ser.

Mira a su alrededor. Al soplar por entre la hierba, sobre la orilla, el viento emite un sonido tranquilizador.

Se sienta, estudia la cosa, y espera a ver algún movimiento.

El bajío es hoy más grande. Se va haciendo más grande cada vez. El día que llegó, la isla parecía muy lejos del continente. Llegó nadando, utilizando una nevera de camping vacía, de color rojo y blanco, para mantenerse a flote en las corrientes. Eso fue hace meses. Desde entonces la isla ha ido creciendo, pues la temporada retira el agua un poco más cada noche, aproximando la isla al continente. Hay una lengua de arrecifes rocosos que se extiende desde la orilla del continente hacia la isla, y hay grandes áreas de prominente coral que desde la isla se dirigen a su encuentro. Como los dedos de Dios y de Adán. Y cada día se acercan un poco más, conforme se retira el agua y el bajío se hace aún menos hondo.

Pero la isla aún parece segura. Las olas que rompen contra los arrecifes son violentas y atronadoras, y nadie puede atravesar el bajío sin despeñarse en las rocas. Al menos por el momento.

El cuerpo no se mueve, así que Temple se pone en pie y se acerca con cuidado.

Se trata de un hombre enterrado cabeza abajo en la arena. El faldón de su camisa de franela se agita al viento. Hay algo en la manera en que tiene puestas las piernas, con una de las rodillas levantada hasta la parte inferior de la espalda, que parece indicar que tiene la espalda rota. Tiene el pelo lleno de arena, y sus uñas están rasgadas y azules.

Vuelve a mirar a su alrededor. A continuación levanta el pie y empuja la espalda del hombre con un dedo del pie. No sucede nada, así que vuelve a empujar, esta vez con más fuerza.

Entonces el hombre empieza a retorcerse.

De su garganta salen unos sonidos apagados, gruñidos diversos emitidos con esfuerzo, en los que hay más frustración y patetismo que sufrimiento o dolor. Los brazos empiezan a barrer la arena, como un ángel batiendo las alas. Un movimiento de tensión y contorsión recorre los músculos de su cuerpo. Parece un juguete estropeado que ha quedado enganchado en una repetición mecánica, incapaz de funcionar bien.

Pellejo, dice ella en voz alta.

Una de las manos la agarra del tobillo, pero ella se la sacude.

Se sienta a su lado, se echa hacia atrás un poco, apoyándose en las manos, coloca los pies contra el torso del hombre y empuja el cuerpo de tal manera que le da la vuelta y lo deja situado boca arriba. En la arena ha quedado una huella húmeda y quebrada.

El hombre sigue moviendo un brazo, pero el otro ha quedado bajo la espalda. Temple permanece en aquel lado y se arrodilla sobre el rostro descubierto.

Le falta la totalidad de la mandíbula, junto con uno de los ojos. La cara está ennegrecida, ampollada, rasgada. En el pómulos, un trozo de piel se ha corrido hacia atrás, con un pegote de arena húmeda, dejando al descubierto el blanco amarillento del hueso y el cartílago. El espacio donde estaba el ojo es ahora una blanda viscosidad mezclada con sangre, como huevos revueltos con salsa de tomate. De la nariz le sale un alga, lo que le proporciona un aspecto casi cómico, como si alguien hubiera querido hacer una gracia con él.

Pero su rostro está deformado por la mandíbula que falta. Incluso las cosas repulsivas pueden contemplarse si hay simetría en ellas. Pero con la mandíbula desaparecida, la cara adquiere una forma cuadrada y el cuello exhibe un aspecto absurdamente equino.

Temple mueve los dedos hacia delante y hacia atrás delante del único ojo que le queda, y el ojo gira en la cuenca, tratan-

do de seguir el movimiento pero incapaz de enfocar. A continuación baja los dedos hacia donde debería estar la boca. El hombre conserva los dientes de arriba, rotos y quebradizos, pero debajo no tiene nada contra lo que pueda morder. Cuando pone allí los dedos, ve detrás de los dientes los tendones que chasquean al encogerse en forma de radios. Donde tendría que estar la mandíbula le sobresalen unos huesos de color leche y unos ligamentos amarillos, como gomas, que se tensan y relajan, se tensan y relajan, intentando masticar.

¿Qué quieres hacer, morderme?, pregunta ella. Me parece que sus días de morder se han acabado, señor mío.

Retira la mano de su rostro y se sienta, sin dejar de observarlo.

Él consigue volver la cabeza hacia ella sin dejar de retorcerse.

Deja de pelear contra ti mismo, dice ella. Tienes la espalda rota. No vas a ir a ninguna parte. Esto no es más que el fin de tus días.

Suspira y echa un vistazo a la distancia, por encima del bajío rocoso, hasta el ancho y llano continente.

¿Por qué has venido aquí, pellejo?, le pregunta. ¿Es que has olido el aroma de sangre de muchacha, llevado por el viento? ¿Necesitabas tomar un poco? Lo que sé es que no has venido nadando. Eres demasiado lento y tonto para eso.

Le sale un gorgoteo de la garganta, y un cangrejo azulado surge de la abertura de la tráquea y echa a correr.

¿Sabes lo que me parece?, dice ella. Creo que intentaste trepar por esas rocas, y que te pillaron las olas y te despeñaste la mar de bien. Eso es lo que me imagino. ¿Qué me dices tú?

Él saca el brazo de debajo del cuerpo y lo tiende hacia ella. Pero los dedos no la alcanzan por poco, y caen en la arena trazando surcos.

Bueno, dice ella, tendrías que haber estado aquí anoche. Había una luna tan grande que parecía que podías alargar la

mano y cogerla del cielo. ¡Y esos peces electrizados que me corrían alrededor de los tobillos...! Eso había que verlo, señor mío. Te lo aseguro: si existen los milagros, ése lo fue.

Temple observa el ojo que gira, y los estremecimientos del torso.

Puede que no estés muy interesado en los milagros. Pero aun así quizá te alegraría ver uno, aunque no te lo merezcas. Todos, incluso los malos, estamos en deuda con la belleza del mundo. Tal vez los malos los que más.

Lanza un suspiro hondo y prolongado.

De todos modos, dice ella, me parece que ya has aguantado bastante cháchara por mi parte. Le estoy dando a la mandíbula por ti y por mí. Dándole a la mandíbula, ¿pillas la gracia?

Se ríe de su chiste, y su risa se apaga poco a poco mientras se pone en pie y se sacude la arena de las manos y observa el continente al otro lado del agua. Entonces se va caminando hacia un grupo de palmeras que hay más arriba de la playa y busca entre las hierbas, pisando por todas partes hasta que encuentra lo que busca. Se trata de una piedra grande, más grande que un balón de fútbol. Le cuesta media hora cavar a su alrededor con un palo para arrancarla de la tierra: a la naturaleza no le gusta que le anden cambiando las cosas de sitio.

A continuación vuelve con la piedra a la playa, donde yace el hombre, casi inmóvil.

Cuando la ve, el hombre revive y empieza a retorcerse, a estremecerse, a hacer ruidos con la garganta.

En cualquier caso, le dice ella, eres el primero en llegar aquí. Eso cuenta, supongo. Eso te convierte en una especie de Cristóbal Colón. Pero con esta marea y tal... ¿te quieres apostar a que no tardan en venir más de los tuyos? ¿Te apuestas algo a que todas tus amigas babosas van a intentarlo también? Es una apuesta muy segura por mi parte, yo diría.

Asiente con la cabeza y vuelve a mirar hacia el bajío.

De acuerdo, entonces, dice ella levantando la piedra por encima de la cabeza de él y dejándola caer contra su cara, produciendo un fuerte y húmedo crujido.

Los brazos se le siguen moviendo, pero ella sabe que eso ocurre a veces durante un rato. Temple vuelve a levantar la piedra y la deja caer otras dos veces más, sólo para asegurarse.

Entonces deja la piedra donde está, a modo de lápida, y se va hacia la red. Encuentra en ella un pez de tamaño mediano. Se lleva el pez de regreso al faro, donde lo cocina al fuego y se lo come con un poco de sal y pimienta.

A continuación asciende la escalera hasta la parte de arriba de la torre, sale por la pasarela y otea a lo lejos, en dirección al continente.

Se arrodilla, apoya la barbilla contra la fría barandilla de metal, y dice:

Supongo que ha llegado el momento de volver a ponerse en movimiento.

2

Esa noche, a la luz de la lumbre, saca por la trampilla que hay en el suelo las cosas que guardó en el sótano el día que llegó: la nevera, la cantimplora, la pistola a la que le quedan dos balas dentro en buen estado... Después, coge su daga de los gurkhas y una piedra pequeña de afilar, se las lleva con ella a la playa, y se sienta en la arena a afilar la daga mediante largas y suaves pasadas de la piedra. Se toma su tiempo para hacerlo, sentada bajo la luna durante casi una hora, hasta que es capaz de comprobar en la lengua el filo de la hoja. Es un buen cuchillo, con sus treinta centímetros de longitud y curvado hacia dentro. Cuando corta el aire con ella, se oye un silbido.

Esa noche duerme a pierna suelta, pero se despierta justo antes del alba para coger sus cosas.

Coloca el cuchillo, la pistola, la cantimplora y el sombrero panamá dentro de la nevera, y lo arrastra todo hacia la playa. A continuación regresa al faro para decirle adiós.

Es triste dejar la casa de uno, y aquella ha sido una buena casa para ella. Se siente como un guisante en la base de aquella alta torre. Sube por última vez la escalera que lleva a la pasarela, y se contempla en los mil diminutos espejos bajo la luz mortecina. Tiene el pelo largo y greñudo. Coge una goma y se lo recoge por detrás.

Entonces alarga la mano para arrancar con los dedos uno de aquellos espejitos diminutos, y se lo guarda en el bolsillo, como recuerdo del tiempo que ha pasado allí.

A decir verdad, Temple no es aficionada a la introspección. Pero hay secretos que merodean la mente, y no quiere que ninguno de ellos la sorprenda de pronto. A veces merece la pena mirar dentro de uno mismo aun cuando los rincones oscuros te produzcan mareos.

Vuelve a la base de la torre, sale y cierra la puerta. La deja bien apretada para que no la abra el viento y remueva todo lo que hay dentro. Es reconfortante imaginarse que todo sigue igual aun después de que uno se haya ido lejos.

Permanece al pie de la torre y estira el cuello para mirar a lo alto.

Adiós, mi vieja torre, dice. Sigue ahí, firme. Espero que protejas al próximo que se cobije aquí, sea vivo o muerto, santo o pecador.

Asiente con la cabeza. Piensa que ha sido una cosa bonita lo que ha dicho: parece como una bendición o un brindis o un deseo de cumpleaños o un sermón de funeral. Y ella sabe que las palabras son capaces de hacer realidad las cosas, si se dicen como se deben decir.

En la playa, se desnuda y mete la ropa y las zapatillas en la nevera, con todo lo demás. Cierra la tapa lo mejor que puede, pisando en ella varias veces. Tira de la nevera hacia el agua, hasta que empieza a mecerse en las olas. A continuación la gira para situarla delante de ella, y la empuja sobre las olas que rompen en la orilla hasta que quedan atrás.

Va nadando hacia el continente, manteniéndose a una distancia prudencial del bajío para que la corriente no la estrelle contra las rocas. Rodea la nevera con las manos y se impulsa con los pies, y cuando se cansa se detiene y flota, y no pierde de vista la tierra firme, para saber hacia dónde la empuja la corriente. La brisa corre sobre la superficie del agua, y le pone

carne de gallina en la piel mojada, pero es mejor eso que intentar hacer el trayecto a mediodía, cuando tienes el sol directamente sobre la cabeza y te quemla la piel.

No tiene modo de contabilizar el tiempo, pero no es una nadadora rápida, y le parece que transcurre como una hora hasta que alcanza el continente y arrastra la nevera hasta la orilla. Se sienta sobre una piedra para escurrirse el agua salada del cabello y secarse la piel bajo la brisa de la mañana.

La playa está desierta, y Temple abre la nevera para sacar un catalejo en miniatura. Sube una escalera de hormigón resquebrajado hasta un apartadero de grava desde el que se domina la playa, con intención de examinar los alrededores. Hay un par de coches aparcados en la carretera, y varias casuchas en la distancia. Recortadas contra el horizonte, distingue varias babosas. No han captado su olor, y siguen andando a su modo azaroso, cojeando y dando a veces pequeños saltos. Temple no levanta la cabeza, y vuelve a dirigir el catalejo hacia los dos coches: uno de ellos es un jeep, y el otro es un coche pequeño, rojo, con dos puertas. A primera vista, todas las ruedas parecen intactas.

De regreso en la playa, se peina el pelo con los dedos, y por debajo de la pantalla de cabello que se ha echado hacia delante consigue ver una figura en la playa, a lo lejos. No necesita mirar por el catalejo, pues lo ve claramente en la manera de avanzar pesadamente: es una babosa. Acaba de desenredarse el pelo y se lo recoge en una cola de caballo.

Entonces coge la ropa de la nevera y se viste.

La babosa la ha visto y se dirige hacia ella, pero sus pies no dejan de tropezar en la arena.

Temple saca el catalejo y mira por él.

La mujer muerta va vestida con uniforme de enfermera. La parte de arriba es verde hospital, pero la de abajo es de un color brillante, como unos pantalones de pijama. Temple no sabe

muy bien cuál es el dibujo de esos pantalones, pero parecen piruletas.

Cierra el catalejo y se lo guarda en el bolsillo. Entonces regresa a la nevera y saca la pistola, comprobando las balas para asegurarse de que no se han mojado, se coloca la daga enfundada de los gurkhas, y se la ata al muslo con dos cordones de cuero.

Cuando ha acabado, la enfermera se encuentra a menos de veinte metros, y tiende las manos hacia delante, movida por un deseo instintivo. Hambre, sed, lujuria: todos los impulsos permanecen como vestigios, revueltos en un estómago perezoso.

Temple dirige una última mirada a la enfermera, y a continuación se vuelve y sube por la escalera de cemento hacia la carretera.

Las otras babosas siguen lejos, pero Temple sabe que no tardarán en descubrirla, y que la tendencia es a que unas pocas se conviertan rápidamente en un grupo, y el grupo en multitud. Así que se va derecha hacia los coches aparcados, y abre la puerta del pequeño coche rojo. Han dejado las llaves puestas, pero el motor no funciona.

Busca las llaves en el jeep y no las encuentra, pero hay un destornillador bajo el asiento delantero, y lo emplea para sacar la tapa del distribuidor. Entonces busca con los dedos el rупtor, aplica allí la punta del destornillador, y lo gira.

El motor carraspea un par de veces y arranca. Los indicadores del salpicadero resucitan.

Vale, dice Temple. Esto es una gran ayuda. Y queda medio depósito. Prepárate, mundo, que ahí voy yo.

El mundo se parece mucho a lo que ella recuerda: todo está consumido y pálido, como si hubiera venido alguien con una esponja para absorber con ella todo el color y la humedad y lo

hubiera dejado todo reseco y gris. Pero al mismo tiempo le alegra haber vuelto. Le han faltado este tiempo las construcciones humanas, que son realmente maravillosas cuando uno se fija: esos altos edificios de ladrillo, con todas sus pequeñas habitaciones y puertas y armarios, como colonias de hormigas o avisperos cuando rompes sus conchas de papel. Una vez, cuando era pequeña, estuvo en Orlando, y recuerda haberse quedado en la base de aquel edificio tremendamente alto, pensando que la civilización tenía alguna gente fuera de serie trabajando para el progreso, y dando patadas a la base del edificio para ver si el chisme entero se caía, y comprobando que ni se caía ni lo haría nunca.

En la primera ciudad a la que llega, ve en una esquina una tienda de esas que abrían hasta las tantas, y aparca el coche en la acera de delante. Estamos en pleno territorio babosa: hay pellejos pululando por donde quiera que se mire, pero están esparcidos, así que no deben de tener mucho que cazar por ahí. Y son lentos, algunos apenas se mueven. Llevarán mucho tiempo sin comer, supone Temple. Aquel es un lugar borrado del mapa: tendrá que seguir hacia el norte.

Pero antes entra en la tienda. Descubre una caja entera de esas galletas que le gustan, ésas de queso de color naranja en forma de sándwich con relleno de mantequilla de cacahuete. Abre uno de los paquetes y se las come allí mismo, en la tienda, de pie ante el escaparate por el que contempla a las babosas, que se acercan poco a poco.

Piensa en la dieta que ha llevado en la isla.

Ningún pez de los que nadan por el mar, se dice, podría mejorar estas galletas.

Coge el resto de la caja y un paquete de veinticuatro latas de coca-cola y algunas botellas de agua y tres latas de pringles y algunas de chile y sopa y cajas de macarrones con queso y otras cosas: una linterna con sus pilas, una pastilla de jabón

por si encuentra ocasión de lavarse, un cepillo de dientes con un tubo de pasta, un cepillo para el pelo, y un pinchapapeles lleno de billetes de lotería, porque le gusta ver lo millonaria que hubiera podido ser en los viejos tiempos.

Mira detrás del mostrador por si encontrara una pistola, o balas, pero no ve nada.

Entonces ve que las babosas se acercan, así que carga todo el botín en el asiento del copiloto y vuelve a ponerse en marcha.

Tras salir de la ciudad, durante un largo trecho de carretera de doble carril, abre una lata de coca-cola y otro paquete de galletas de mantequilla de cacahuete, que saben ligeramente a paraíso anaranjado.

Mientras come, piensa en lo atinado que anduvo Dios al hacer que a los pellejos no les interesara la comida de verdad, para que se la dejaran toda a la gente normal. Recuerda un viejo chiste que la hace sonreír, aquél sobre un pellejo al que invitan a una boda, y al final de la boda ha quedado el doble de sobras de lo normal, pero la mitad de invitados.

Se ríe. La carretera es larga.

Sigue durante un rato la carretera de la costa, que está rodeada de palmeras greñudas, y por cuyas grietas crece desmesurada la hierba de playa. Después gira hacia el interior, por cambiar. Cocodrilos. Nunca había visto tantos. Toman el sol sobre el negro asfalto de la autopista, y cuando ella se acerca se apartan del camino sin muchas prisas. Hay otras ciudades, pero siguen sin mostrar signos de vida normal. Empieza a imaginarse que ella es la única persona que ha quedado en el planeta, rodeada de todos esos pellejos. En tal caso, lo primero que haría sería buscar un mapa y recorrer el país para hacer turismo. Empezaría por Nueva York y después se aventuraría a recorrer todo el ca-

mino hasta San Francisco, donde tienen esas empinadas calles. Podría encontrar un perro callejero o domesticar un lobo y hacerle que se sentara a su lado y sacara la cabeza por la ventanilla. Podrían conseguir un coche con asientos cómodos y cantar canciones mientras van en el coche.

Asiente con la cabeza. Eso estaría bien.

El sol descende, y ella da las luces. Uno de los faros aún funciona, así que puede ver la carretera delante de ella pero no para los dos lados. Se ven luces a lo lejos, un resplandor en el horizonte que debe de ser una ciudad. Se dirige hacia allí.

Pero en la carretera, de noche, uno empieza a pensar en cosas desagradables. Recuerda un día, debe de hacer cinco años, que iba conduciendo por Alabama, con Malcolm en el asiento al lado del suyo. Entonces ella era muy pequeña. Tenía que serlo, porque recuerda que había echado el asiento a tope para delante, y aun así había tenido que sentarse en el borde para alcanzar los pedales. Y Malcolm aún era más pequeño.

Malcolm llevaba un buen rato callado. Le gustaba masticar aquel chicle que a ella le parecía demasiado dulce, y le encantaba meterse dos en la boca a la vez. Durante un instante lo estuvo oyendo masticar a su lado. Después se hizo el silencio. Malcolm simplemente observaba por la ventanilla la enorme nada negra.

¿Qué le pasó al tío Jackson?, preguntó Malcolm.

Ya no está, respondió ella. No lo volveremos a ver.

Dijo que me iba a enseñar a disparar.

Te enseñaré yo. Además, no era tu tío de verdad.

Para quitarse el recuerdo de la cabeza, Temple baja el cristal de la ventanilla y deja que el viento juegue con su pelo. Como eso no funciona, decide cantar una cancioncilla que se aprendió una vez. Le cuesta un rato recordar todas las palabras:

*Ya ta dará, ta dará, naña harmasa,
ta dará ana casa, ana casa qua ya sala sá:
¡Cafá!*

*Ye te deré, te deré, neñe hermese,
te deré ene quese, ene quese que ye sele sé:
¡Quefé!*

En un largo tramo de carretera rural el motor se apaga, y ella coloca el coche a un lado, frena y levanta el capó para echar un vistazo. Seguramente es la bomba de combustible, pero no puede estar segura sin meterse bajo el coche para fisgonear un poco, y el motor está demasiado caliente para tocar nada durante un buen rato. De todos modos, no tiene ninguna herramienta con la que ponerse a fisgonear, aunque ve una casa algo apartada de la carretera a la que se llega por un pequeño camino de tierra. Tal vez haya herramientas en ella.

Mira al oscuro horizonte, hacia las luces de la ciudad. No es fácil determinar la distancia de noche. Tal vez pueda ir andando hasta allí por la mañana.

Pero esa casa... Tal vez haya en ella algo que merezca la pena.

Hace tiempo que no entra en acción, y se siente osada. Además, quiere algo que la distraiga de sus recuerdos nocturnos. Así que se ata al muslo la daga de los gurkhas, y se mete la pistola en el cinturón de los pantalones: dos balas, sólo para usar en caso de emergencia. Coge la linterna y recorre el camino de tierra batida hacia la casa, donde se dispone a darle una patada a la puerta. Pero no hace falta, porque está abierta.

En la casa hay un olor apestoso, y ella lo reconoce: es carne podrida. Podría ser un cadáver o una babosa. De cualquier modo, decide respirar por la boca y darse prisa.

Encuentra el camino a la cocina, donde hay una mesa de

cocina volcada y herrumbrosa, y un papel pintado en la pared con dibujos de plantas trepadoras de fresas. A causa de la humedad, crecen por todas partes las zonas invadidas por un aterciopelado moho verdegrís. Temple abre los cajones de uno en uno, buscando el de las herramientas, pero no encuentra nada. Mira por la ventana de atrás: no hay garaje.

Hay una puerta en la cocina, la abre y encuentra una escalera de madera que desciende bajo tierra.

Aguarda por un instante en lo alto de la escalera, intentando distinguir algún sonido en la casa, y a continuación empieza a bajar lentamente.

En el sótano hay un olor diferente, como de amoníaco, y pasa el haz de luz de la linterna por una mesa que hay en medio de la estancia, con botellas, quemadores, tubos de goma, y una de esas viejas balanzas que tenían un largo brazo a un lado. Algunas de las botellas están medio llenas de un líquido amarillo. Ya ha visto antes ese tipo de tinglado: es un laboratorio de meta. Fueron muy populares hace unos años, cuando algunos se aprovechaban de que todo el mundo estaba tan sólo pendiente de las babosas.

Encuentra un banco de trabajo puesto contra la pared, y revuelve en busca de un destornillador de cruz y una llave inglesa, aunque lo que de verdad necesita son unos alicates.

Deja la linterna sobre la mesa, pero empieza a rodar y cae al suelo, donde la luz parpadea, pero permanece. Menos mal: no le apetece nada tener que volver al coche a tientas.

Pero al volverse, ve otra cosa que antes se le ha pasado por alto: junto a la escalera hay un pequeño retrete, y mientras está mirándolo, la puerta del retrete, iluminada por el débil halo de luz de la linterna, tiembla primero y se abre después de repente, como si alguien se hubiera desplomado contra ella.

Entonces lo huele, el olor de la carne podrida, que ahora

es mucho más fuerte: antes estaba disimulado por el olor de amoníaco del laboratorio.

Salen a trompicones del retrete. Son tres: dos hombres en mono de trabajo, con el pelo largo, y una mujer vestida sólo con una combinación de satén, que ha quedado rasgada por delante, mostrando un pecho reseco.

Temple ya no se acordaba de aquel olor tan desagradable, esa mezcla cenagosa de moho y putrefacción, petróleo y mierda rancia. Ve un excremento que cae húmedo de detrás de las piernas de la mujer. Deben de haber comido recientemente, así que estarán fuertes. Y se encuentran entre ella y la escalera.

Se lleva la mano a la pistola y medita: son sus dos últimas balas.

No merece la pena.

En su lugar, saca la daga de los gurkhas de la funda y le da una patada al hombre que tiene delante, y lo derriba contra la placa de cemento del suelo. Blande la daga y la hunde en el cráneo del segundo hombre, cuyos ojos se cruzan de modo ridículo antes de caer al suelo. Pero cuando intenta retirar la daga, encuentra que está atascada en suturas de hueso húmedo.

Entonces la mujer la agarra de la muñeca apretándola con su carne. Temple nota las uñas quebradizas que se le hunden en la piel.

Suéltame el brazo, le dice.

No consigue extraer la daga de la cabeza del hombre, así que la suelta y ve cómo el cuerpo cae hacia atrás con la hoja atascada en la cabeza.

La mujer se inclina para arrancarle un mordisco del hombro, pero Temple lanza con toda su fuerza su puño contra la cabeza de la babosa, una vez, luego otra, y aún una tercera vez, intentando aturdirle el cerebro para que deje de obedecer a sus impulsos instintivos.

Pero ahora el otro hombre se ha vuelto a poner en pie y se acerca a ella, así que Temple hace girar el cuerpo de la mujer para colocarlo entre ellos, y el hombre choca contra ambas con un abrazo tremendo que la derriba a ella y la impulsa contra el banco de trabajo.

El olor, cuando chocan contra ella, es insoportable. Los ojos se le empañan, y las lágrimas le emborronan la visión.

Busca con las manos detrás de ella, y encuentra un destornillador, que agarra con toda su fuerza para clavarlo en el cuello del hombre. Él la suelta y se tambalea hacia atrás, pero el ángulo en que ha penetrado el destornillador no es el adecuado, y le penetra hasta el cerebro, de manera que empieza a caminar en círculos, gorgoteando al abrir y cerrar la mandíbula.

La mujer, que tiene agarrada la muñeca de Temple, abre de nuevo la boca como para morderla en la mejilla, pero Temple vuelve a girarla y le golpea el brazo contra el borde del banco. El brazo se rompe, y la mano afloja su presión contra la muñeca.

Entonces Temple se agacha y se acerca al cadáver, le pone un pie en la cara para hacer palanca, y extrae la daga de los gurkhas con ambas manos.

La mujer está muy cerca, detrás de ella, pero eso no importa. Temple blande la daga con fuerza y acierto. La hoja pasa limpiamente por el cuello, segándole la cabeza.

El último hombre está trastornado, agarrando con torpeza el destornillador que tiene clavado en el cuello. Temple se va detrás de él para recuperar el aliento. El hombre tiene el pelo largo y greñado, con trozos de pintura en él, como si la casa se le hubiera caído encima a trozos. Entonces levanta la daga y la baja con fuerza para asestar dos golpes rápidos, tal como aprendió hace tiempo: uno para romper el cráneo y otro para partir el cerebro.

Coge la linterna del suelo, que ahora está resbaladizo a causa de la sangre y los excrementos. Encuentra un trozo limpio en la combinación de la mujer, y lo arranca para limpiar la daga de los gurkhas con él.

Un tango macabro, dice. Menudo asco que da todo esto.

Mira, hay una música producida por el mundo, y hay que estar escuchando, o de lo contrario uno se la pierde, eso está claro. Como cuando ella sale de la casa y el aire nocturno le da en la cara, frío y maravilloso, y huele a la pureza de una tierra nueva recién estrenada. Como cuando algo viejo, roto y polvoriento, se retira de un estante para hacer sitio a una cosa nueva y reluciente.

Y es el alma de uno mismo la que desea moverse y ser parte de ello, sea lo que sea, para salir fuera a las llanuras quemadas donde los vivos caen y los muertos se levantan, y los muertos caen y los vivos se levantan: como el ciclo de la vida que una vez intentó explicarle a Malcolm.

Es una cosa natural, le dijo mientras él intentaba hincarle el diente a uno de esos caramelos como piedras que tenía a un lado de la boca. Es una cosa natural, y la naturaleza nunca muere. Tú y yo también somos naturaleza, incluso cuando morimos.

Hay almas y cielos abiertos y estrellas brillantes por dondequiera que uno mire. Temple toma la decisión de coger algunas cosas del coche y hacer a pie el resto del camino en dirección a aquellas luces que se ven en el horizonte. No tarda en ver un letrero, y enfoca la linterna hacia él. No puede descifrar las letras, que no se parecen al nombre de ninguna ciudad que conozca y recuerde, pero el número es el 24.

Si produce en el cielo un brillo que puede ser visto a 24 kilómetros, entonces no puede tratarse de una ciudad pequeña.

Ése es el lugar adecuado para ella, un lugar donde pueda conocer a alguna persona y ponerse al corriente de lo que ocurre en la verde tierra de Dios. Y tal vez tomar un refresco con hielo. Veinticuatro kilómetros, eso no es nada: no son más que tres o cuatro horas de paisaje nocturno y pensamientos profundos y serenos, procurando no dejar paso a las ideas tristes.

Llegará a la hora de desayunar.